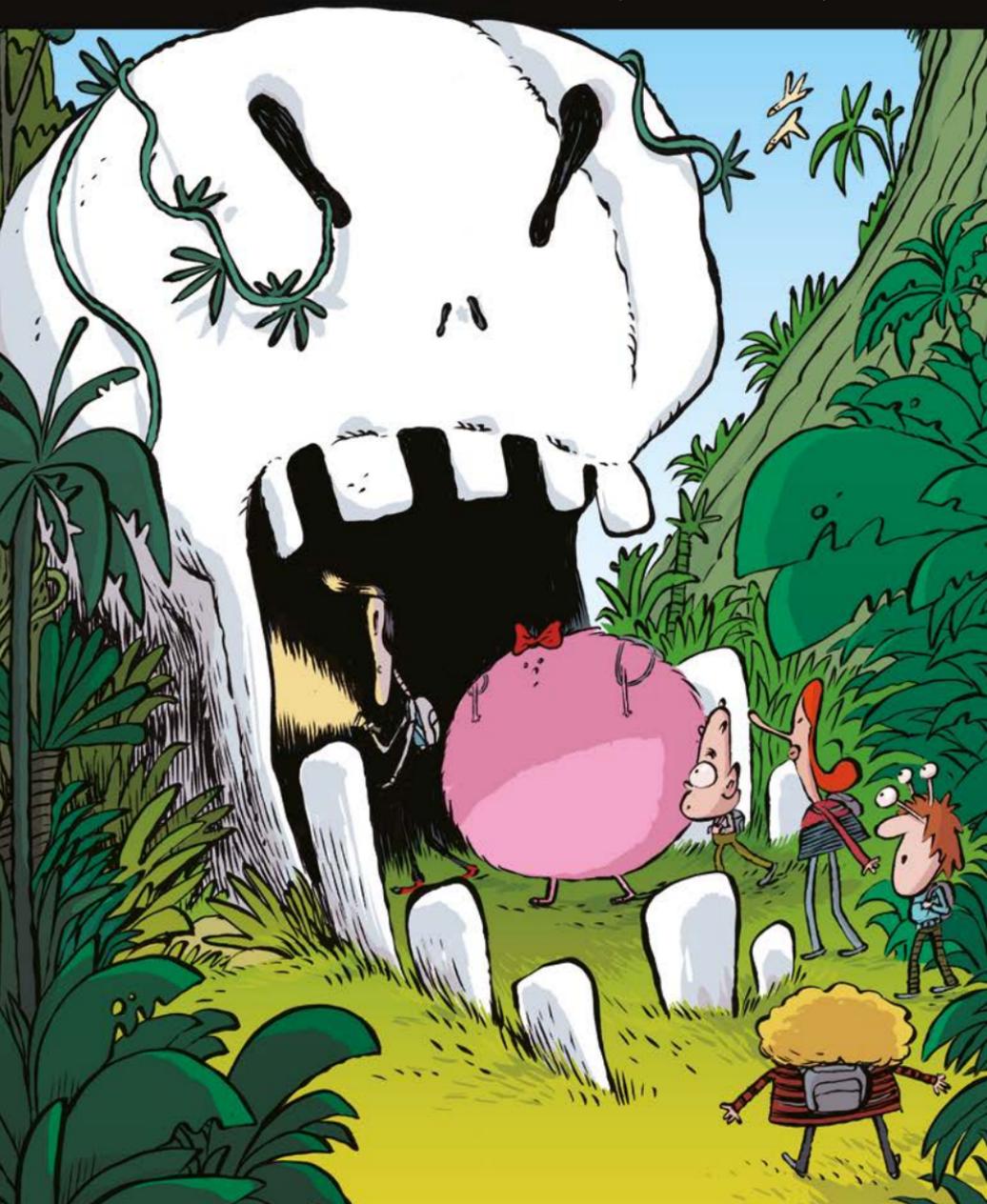


LA CLASE MONSTER

EL TESORO DEL CAPITÁN OJO LECHUZA

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS ■ DIBUJOS DE ÒSCAR JULVE



UN ACERTIJO CON MÚLTIPLES RESPUESTAS

El último día de clase antes de las vacaciones de verano, doña Isabel, la profesora de Historia, retó a sus alumnos a resolver un acertijo:

—A ver, chicos, atentos. El primero que me dé la respuesta correcta tendrá un punto positivo acumulado para el curso que viene. Escuchad: un avión alemán se estrella en los Pirineos, justo sobre la frontera entre España y Francia. A bordo viajan doscientas cuarenta personas, entre alemanes, franceses, españoles e italianos. En el accidente fallecen ciento noventa y siete pasajeros. La pregunta es la siguiente: ¿dónde enterraremos a los supervivientes?

—¿Los tenemos que enterrar nosotros? —preguntó Amber, asustada.

—Es un acertijo, Amber. Solo quiero que me deis la respuesta.

Tarsio levantó la mano como si estuviera lanzando una jabalina:

—¡A cada uno en su país!

Doña Isabel imitó el sonido de un timbre:

—¡Meeec! Lo siento, Tarsio, respuesta equivocada.

—¡Todos en Alemania! —chilló Leo.

—¿Y eso por qué? —le interrogó la profe.

—Porque el avión es alemán.

De nuevo, el sonido de un timbrazo:

—¡Meeec! Error, Leopoldo.

Severina y Telmo levantaron la mano a la vez, pero Jimmy se les adelantó a ambos:

—Yo los enterraría en los Pirineos, en el mismo lugar del accidente.

—¡Mal, Jimmy! —le dijo Severina.

—¿Cómo que mal? —protestó su amigo.

—A los supervivientes no los tenemos que enterrar. Solo enterramos a los que han fallecido —explicó Telmo, con el asentimiento de Severina.

La profesora sonrió ante aquella respuesta:



—¡Correcto, Telmo! Y tú también lo sabías, ¿verdad, Severina? Os pondré un punto positivo a cada uno. Es importante escuchar con atención el enunciado del problema. Los supervivientes están vivos, así que no los tenemos que enterrar.

—¡No estoy de acuerdo! —protestó Jimmy.

—Pues claro, Jimmy. *Superviviente* significa que está vivo.

—Pero ¿y si yo los quiero enterrar?

—¿Y para qué harías algo así?

—Para que me ponga un punto positivo, que nunca me pone ninguno. O mejor: me espero a que se mueran, que algún día se morirán, ¿no? Y los entierro entonces en los Pirineos. ¿O es que son inmortales y por eso se han salvado del accidente del avión?

Doña Isabel cerró su único ojo y contó hasta diez. Luego, al abrirlo, dijo:

—Está bien, Jimmy. Cuando los supervivientes fallezcan por causa natural, podrás enterrarlos en los Pirineos.

—Y me pondrá mi punto positivo.

—Y te pondré tu punto positivo.

—¿Para qué esperar? ¿Por qué no me lo pone ahora?

Entonces sonó el timbre de verdad, el que ponía fin a la clase y al curso entero. Todos se levantaron y hubo alguno que corrió hacia la puerta del aula, pero la profesora los retuvo unos segundos más:

—Esperad, esperad. Disfrutad del verano y relajaos. Espero que tengáis unas buenas vacaciones y que sean tranquilas —añadió, mirando a Leo, Jimmy, Severina, Amber, Telmo y Tarsio—, mucho más tranquilas de lo que ha sido el curso. Y, sobre todo, jugad y leed. Jugad mucho y leed mucho, chicos. Nos vemos en septiembre.

Ahora sí, todos salieron al pasillo y corrieron escaleras abajo, ansiosos por empezar a sacarle provecho a los días libres que tenían por delante.

Pero pese a los buenos deseos de doña Isabel, aquel verano no iba a ser nada tranquilo. Al contrario. Pero, claro, eso ellos no lo sabían todavía.

PLANES

Los seis amigos, al salir del edificio, unieron su voz en un grito atronador:

-¡VACACIONES!

–¿Qué planes tenéis para el verano? –preguntó Severina.

–Yo me quedo en casa –dijo Telmo–. Mi padre está realizando una investigación sobre los diarios de Cristóbal Colón, así que este año nada de viajes.

–Yo iré unos días a casa de mis abuelos, como todos los veranos –anunció Amber.

–Creo que yo tampoco voy a ir a ninguna parte –dijo Leo.

–Ni yo –contestó Tarsio.

–¿Y tú, Jimmy?

–La verdad es que no tengo ni idea, pero no me extrañaría que nos quedáramos en casa, igual que el año pasado. De todos modos, no pienso quejarme, porque este año ya he tenido suficientes viajes: primero, Transilvania, y luego, el desierto de Gobi, así que me voy a plantear el verano como una relajación total. Piscina, siesta, piscina, un poquito más de siesta, piscina...

–Buena idea, yo haré lo mismo –se apuntó Telmo.

–Pues no quiero daros envidia –empezó Severina–, pero yo me voy pasado mañana al Caribe. Mis padres llevan muchos años pensando en visitar el hotel de un primo de mi madre, el primo Eustaquio. Además, el hotel está en la isla del capitán Ojo Lechuza.

–¿Quién? –preguntó Amber.

–Ya os hablé de él, ¿no os acordáis? A principios de curso, cuando doña Isabel nos dijo que lleváramos a clase algo antiguo...



–Cuando yo llevé la caja de los secretos con el mapa del laberinto –dijo Leo.

–Exacto. ¿Ya os habéis olvidado de lo que llevé yo?

–Un catalejo –recordó Telmo.

–Eso es –dijo Severina–. Un catalejo que había sido propiedad del capitán Ojo Lechuza, un temible pirata del mar Caribe. Pues resulta que el hotel del primo de mi madre está en la misma isla que Ojo Lechuza utilizó como base de sus operaciones. Se instaló allí, y siempre que iba a realizar sus asuntos de pirata, a abordar un barco lleno de riquezas y cosas por el estilo, luego volvía a la isla y se pegaba la gran vida hasta que le entraban ganas de hacerse a la mar otra vez. Así se pasó la vida entera.

–Vamos –repuso Jimmy–, la mezcla perfecta de hombre de acción y dominguero, ¿no?

–Mándame una postal, Severina –pidió Amber–. ¿Cuánto tiempo vas a estar allí?

–Puede que un mes entero: como el hotel es del primo de mi madre, nos hace un precio especial.

–¡Qué morro! –protestó, medio en broma, Tarsio.

–Yo tengo un tío que es panadero, y me regala el pan, pero no se puede comparar con un hotel en el Caribe –dijo Amber.